

DESARROLLO

Gustavo Esteva

Para decir ‘sí’, para afirmar y aceptar, los brasileños dicen ‘no’- *pois não*. Nadie se confunde. Al enraizar su lenguaje en su propia cultura y jugar con las palabras para que hablen en sus contextos, los brasileños enriquecen su conversación.

Al decir ‘desarrollo’, sin embargo, la mayor parte de la gente dice actualmente lo contrario de lo que quiere expresar. Todo mundo se confunde. Por usar sin sentido crítico esta palabra sobrecargada, ya condenada a la extinción, se está transformando su agonía en una condición crónica. Han empezado a emanar todo género de pestes del cadáver insepulto del desarrollo. Ha llegado el tiempo de revelar su secreto y verlo en toda su desnudez.

La invención del subdesarrollo

A finales de la segunda guerra mundial, Estados Unidos era una máquina productiva formidable e incesante, sin precedente en la historia. Constituía sin disputa el centro del mundo. Eran el amo. Todas las instituciones creadas en esos años reconocieron ese hecho: hasta en la Carta de las Naciones Unidas se escuchó el eco de la Constitución norteamericana.

Pero los norteamericanos querían algo más. Necesitaban hacer enteramente explícita su nueva posición en el mundo. Y querían consolidar su hegemonía y hacerla permanente. Para esos fines, concibieron una campaña política a escala global que portara claramente su sello. Concibieron incluso un emblema apropiado para identificar la campaña. Y eligieron cuidadosamente la oportunidad de lanzar uno y otra -el 20 de enero de 1949. Ese día, el día en que el presidente Truman tomó posesión, se abrió una era para el mundo -la era del desarrollo.

Debemos emprender (dijo Truman) un nuevo programa audaz que permita que los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial sirvan para la mejoría y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas.

El viejo imperialismo - la explotación para beneficio extranjero - no tiene ya cabida en nuestros planes. Lo que pensamos es un programa de desarrollo basado en los conceptos de un trato justo democrático.¹

Al usar por primera vez en este contexto la palabra ‘subdesarrollo’, Truman cambió el significado de desarrollo y creó el emblema, un eufemismo, empleado desde entonces para aludir de manera discreta o descuidada a la era de la hegemonía norteamericana.

Nunca antes una palabra había sido universalmente aceptada el mismo día de su acuñación política. Una nueva percepción, de uno mismo y del otro, quedó establecida de pronto. Doscientos años de construcción social del significado histórico-político del término ‘desarrollo’ fueron objeto de usurpación exitosa y metamorfosis grotesca. Una propuesta política y filosófica de Marx, empacada al estilo norteamericano como lucha contra el comunismo y al servicio del designio hegemónico de Estados Unidos, logró permear la mentalidad popular, lo mismo que la letrada, por el resto del siglo.

El subdesarrollo comenzó, por tanto, el 20 de enero de 1949. Ese día, dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas. En realidad, desde entonces dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros: un espejo que los desprecia y los envía al final de la cola, un espejo que reduce la definición de su identidad, la de una mayoría heterogénea y diversa, a los términos de una minoría pequeña y homogeneizante.

Truman no fue el primero en emplear la palabra. Wilfred Benson, quien fuera miembro del Secretariado de la Oficina Internacional del Trabajo, fue probablemente la persona que la inventó, cuando se refirió a las ‘áreas subdesarrolladas’ al escribir sobre las bases económicas de la paz en 1942.² Pero la expresión no tuvo mayor eco, ni en el público ni en los expertos. Dos años más tarde, Rosenstein-Rodan siguió hablando de ‘áreas económicamente atrasadas’. Arthur Lewis, también en 1944, se refirió a la brecha entre las naciones ricas y las pobres. A lo largo de la década, la expresión apareció ocasionalmente en libros técnicos o en documentos de Naciones Unidas. Sólo adquirió relevancia cuando Truman la presentó como emblema de su propia política. En este contexto, adquirió una virulencia colonizadora insospechada.

Desde entonces, el desarrollo connota por lo menos una cosa: escapar de una condición indigna llamada subdesarrollo. Cuando Nyerere propuso que el desarrollo fuera la movilización política de un pueblo para alcanzar sus propios objetivos, consciente como estaba de la locura de seguir las metas que otros habían establecido; cuando Rodolfo Stavenhagen propone actualmente el etnodesarrollo o el desarrollo con autoconfianza, consciente de que debe ‘mirarse hacia adentro’ y ‘buscar en la propia cultura’, en vez de seguir adoptando puntos de vista prestados y ajenos; cuando Jimoh Omo-Fadaka

plantea el desarrollo de abajo hacia arriba, consciente de que ninguna de las estrategias basadas en el diseño de arriba hacia abajo ha logrado alcanzar sus objetivos explícitos; cuando Orlando Fals Borda y Anisur Rahman insisten en el desarrollo participativo, conscientes de las exclusiones practicadas en nombre del desarrollo; cuando Jun Nishikawa propone 'otro' desarrollo para Japón, consciente de que la era actual está terminando; cuando ellos y muchos otros califican el desarrollo y emplean la palabra con advertencias y restricciones, como si se estuvieran refiriendo a un campo minado, no parecen estar al tanto de la contraproductividad de sus empeños. El campo minado explotó ya.

Para que alguien pueda concebir la posibilidad de escapar de una condición determinada, es primero necesario que sienta que ha caído en esa condición. Para quienes forman actualmente las dos terceras partes de la población del mundo, pensar en el desarrollo -en cualquier clase de desarrollo - requiere primero percibirse como subdesarrollados, con toda la carga de connotaciones que esto conlleva.

En la actualidad, para dos terceras partes de la gente en el mundo, el subdesarrollo es una amenaza cumplida; una experiencia de vida subordinada y llevada por el mal camino, de discriminación y subyugación. Dada esta condición previa, el simple hecho de asociar con el desarrollo las intenciones propias las anula, las contradice, las esclaviza. Impide pensar en objetivos propios, como quería Nyerere; socava la confianza en uno mismo y en la cultura propia, como exige Stavenhagen; solicita la administración de arriba hacia abajo, contra la que se rebeló Jimoh; convierte la participación en un truco manipulatorio para involucrar a la gente en la lucha para obtener lo que los poderosos quieren imponerle, que era precisamente lo que Fals Borda y Rahman trataban de evitar.

Una metáfora y su retorcida historia

El desarrollo ocupa la posición central de una constelación semántica increíblemente poderosa. Nada hay en la mentalidad moderna que pueda comparársele como fuerza conductora del pensamiento y del comportamiento. Al mismo tiempo, muy pocas palabras son tan tenues, frágiles e incapaces de dar sustancia y significado al pensamiento y la acción como ésta.

En el lenguaje ordinario, el desarrollo describe un proceso a través del cual se liberan las potencialidades de un objeto u organismo, hasta que alcanza su forma natural, completa, hecha y derecha. De aquí se deriva el uso metafórico del término para explicar el crecimiento natural de plantas y animales. Por medio de esta metáfora, se hizo posible mostrar la meta del

desarrollo y, mucho después, su programa. El desarrollo o evolución de los seres vivos, en biología, se refirió al proceso a través del cual los organismos logran realizar su potencialidad genética: la forma natural del ser pre- vista por el biólogo. El desarrollo se frustra siempre que la planta o el animal no logran cumplir su programa genético, o lo sustituyen por otro. En tales casos de fracaso, su crecimiento no es desarrollo, sino más bien una anomalía: comportamiento patológico, e incluso antinatural. El estudio de estos ‘monstruos’ adquirió importancia crítica para la formulación de las primeras teorías biológicas.

Entre 1759 (Wolff) y 1859 (Darwin), el desarrollo evolucionó de una noción de transformación que supone un avance hacia la forma *apropiada* de ser a una concepción de cambio que implica encaminarse hacia una forma *cada vez más perfecta*. Durante este periodo, evolución y desarrollo llegaron a emplearse como términos intercambiables entre los científicos.

La transferencia de la metáfora biológica a la esfera social ocurrió en la última parte del siglo XVIII. Justus Moser, un conservador que fundó la historia social, empleó desde 1768 la palabra *Entwicklung* para aludir al proceso gradual de cambio social. Cuando se refirió a la transformación de algunas situaciones políticas, la describió casi como si fueran procesos naturales. En 1774, Herder comenzó a publicar su interpretación de la historia universal, en la que presentó correlaciones globales comparando edades de la vida con la historia social. Sin embargo, fue más lejos en esta comparación, aplicando a sus elaboraciones la noción organológica de desarrollo, acuñada en las discusiones científicas de su tiempo. Con frecuencia empleó la imagen del germen para escribir el desarrollo de las formas organizativas. A finales del siglo, con base en la escala biológica de Bonnet, trató de combinar la teoría de la naturaleza con la filosofía de la historia, en un intento de crear una unidad sistemática y congruente. Según él, el desarrollo histórico era la continuación del desarrollo natural, y ambos no eran sino variantes del desarrollo homogéneo del cosmos, creado por Dios.

Hacia 1800, *Entwicklung* comenzó a aparecer como verbo reflexivo. El autodesarrollo se puso de moda. Dios, entonces, comenzó a desaparecer de la concepción popular del universo. Unas décadas más tarde, se abrieron todas las posibilidades al sujeto humano, autor de su propio desarrollo, emancipado del diseño divino. El desarrollo se convirtió en la categoría central del trabajo de Marx: lo mostró como un proceso histórico que se desenvuelve con el mismo carácter necesario de las leyes naturales. Tanto el concepto hegeliano de historia como el concepto darwinista de evolución se entrelazaron en el desarrollo, reforzados con el aura científica de Marx.

Cuando la metáfora regresó al terreno vernáculo, adquirió un virulento poder colonizador, pronto aprovechado por los políticos. Convirtió la historia en programa: un destino necesario e inevitable. El modo industrial de producción, que no era sino una forma, entre muchas, de la vida social, se convirtió en la definición del estadio terminal del camino unilineal de la evolución social. Este estadio llegó a ser la culminación natural de las potencialidades ya existentes en el hombre neolítico, como su evolución lógica. La historia fue así reformulada en términos occidentales.

La metáfora del desarrollo dio hegemonía global a una genealogía de la historia puramente occidental, privando a los pueblos de culturas diferentes de la oportunidad de definir las formas de su vida social. La secuencia vernácula (desarrollar es posible después de enrollar) se invirtió con la transferencia. Las leyes científicas tomaron el lugar de Dios en la función de enrollar, definiendo el programa. Marx rescató una iniciativa factible, basada en el conocimiento de estas leyes. Truman se apoderó de esta percepción, pero transfirió el papel de primer motor -la condición de *primum movens*- de los comunistas y el proletariado a los expertos y el capital (siguiendo así, irónicamente, los precedentes establecidos por Lenin y Stalin).

Los escombros de metáforas empleadas a lo largo del siglo XVIII comenzaron a formar parte del lenguaje ordinario en el XIX, cuando la palabra 'desarrollo' concentró una variedad de connotaciones. Esta sobrecarga de sentidos terminó por disolver su significado preciso.

La *Enciclopedia de todos los sistemas de enseñanza y educación* fue publicada en Alemania en 1860. Su entrada 'desarrollo' indicaba que 'este concepto se aplica a casi todo lo que el hombre hace y conoce.' La palabra, dijo Eucken en 1878, 'se ha vuelto casi inútil para la ciencia, salvo en ciertos campos.'

Entre 1875 y 1900 se publicaron, en inglés, libros cuyos títulos aludían al *desarrollo* de la constitución ateniense, la novela inglesa, el sistema de transporte en Estados Unidos, el matrimonio, la función paternal y demás. Algunos autores preferían 'evolución' en el título de sus libros, que estudiaban el termómetro o la idea de Dios. Otros preferían 'crecimiento' en el título. Pero todos ellos empleaban 'desarrollo' en el texto, como su principal término operativo.³

A principios del siglo XX, se generalizó un nuevo uso del término. 'Desarrollo urbano' definió, desde entonces, una forma específica de reformular el entorno de las ciudades, con base en el *bulldozer* y la producción

industrial masiva, homogénea, de espacios urbanos e instalaciones especializadas. Este uso específico, empero, anticipación del trumanismo, no logró establecer la imagen generalizada que actualmente se asocia con la palabra.

En la tercera década de este siglo, la asociación entre desarrollo y colonialismo, establecida cien años antes, adquirió un significado diferente. Cuando el gobierno británico transformó su Ley del Desarrollo de las Colonias en la Ley de Desarrollo y *Bienestar* de las Colonias en 1939, reflejó la profunda mutación económica y política que se había producido en menos de una década. Para dar a la filosofía del protectorado colonial un sentido positivo, los británicos adujeron la necesidad de garantizar a los nativos niveles mínimos de nutrición, salud y educación.⁴ Tras identificar el nivel de civilización con el nivel de producción, el mandato dual se fusionó en uno solo: desarrollo.⁵

A lo largo del siglo, los sentidos asociados con el desarrollo urbano y el colonial convergieron con muchos otros para transformar la palabra ‘desarrollo’, paso a paso, en un término cuyos contornos resultan tan precisos como los de una ameba. Es ahora un simple algoritmo, cuyo significado depende del contexto en que se emplea. Puede aludir a un proyecto de vivienda, a la secuencia lógica del pensamiento, al despertar de la mente de un niño, a la parte media de una partida de ajedrez o a la explosión de los pechos de una quinceañera. Sin embargo, aunque carece, por sí mismo, de toda denotación precisa, se encuentra firmemente asentado en la percepción popular e intelectual. Y siempre aparece como la evocación de una red de significados en que la persona que lo emplea está irremediamente atrapada.

Desarrollo no puede desligarse de las palabras con las cuales se le formó -crecimiento, evolución, maduración. Del mismo modo, quienes la emplean actualmente no pueden liberarse de la red de sentidos que da una ceguera específica a su lenguaje, su pensamiento y su acción. No importa el contexto en que se emplee, o la connotación precisa que la persona que lo usa quiera darle, la expresión se encuentra calificada y coloreada por significados acaso indeseables. La palabra implica siempre un cambio favorable, un paso de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, de lo peor a lo mejor. La palabra indica que uno lo está haciendo bien, porque avanza en el sentido de una ley necesaria, ineluctable y universal y hacia una meta deseable. La palabra retiene hasta ahora el significado que le dio hace un siglo el creador de la ecología, Haeckel: ‘Desarrollo es, a partir de ahora, la palabra mágica con la que podemos resolver todos los misterios que nos rodean o que, por lo menos, nos puede guiar a su solución.’

Para dos terceras partes de la gente en el mundo, sin embargo, este significado positivo de la palabra ‘desarrollo’ -profundamente enraizado tras dos siglos de construcción social- es un recordatorio de *lo que no son*. Les recuerda una condición indeseable e indigna. Para escapar de ella, necesitan hacerse esclavos de las experiencias y sueños de otros.

Colonizando el anticolonialismo

En la concepción grandiosa del discurso de Truman, no hay lugar para la precisión técnica o teórica. El emblema define un programa consciente de la llegada de Mao, que ve la evolución como antídoto de la revolución (en la tradición de Herder), aunque adopta simultáneamente el ímpetu revolucionario de que Marx dotó a la palabra. La concepción de Truman emplea a veces ‘desarrollo’ en el sentido transitivo de los administradores coloniales británicos, a fin de establecer claramente la jerarquía de las iniciativas que promueve. Pero a veces pasa también con dificultad al empleo intransitivo el término, en la más refinada tradición hegeliana.

Como se dio por sentado que el subdesarrollo mismo ‘estaba ahí,’ que era algo real, comenzaron a aparecer ‘explicaciones’ del fenómeno. Empezó de inmediato una intensa búsqueda de sus causas materiales e históricas. Algunos, como Hirschman, no dieron importancia al periodo de gestación. Otros, por lo contrario, convirtieron este aspecto en el elemento central de sus elaboraciones, y describieron con penoso detalle la explotación colonial en todas sus variantes y la acumulación originaria de capital. Comenzó también a prestarse atención pragmática a los factores internos o externos que parecían ser causa actual de subdesarrollo: relación de precios del intercambio, intercambio desigual, dependencia, proteccionismo, imperfecciones del mercado, corrupción, falta de democracia o de espíritu empresarial...

En América Latina, el Cuerpo de Paz, el Programa del Punto Cuarto, la Guerra contra la Pobreza, y la Alianza para el Progreso contribuyeron a enraizar la noción de subdesarrollo en la percepción popular, y a profundizar la invalidez creada con ella. Ninguna de esas campañas fue comparable en su efecto al que lograron, en el mismo sentido, los teóricos latinoamericanos de la dependencia y otros intelectuales de izquierda, dedicados a criticar todas y cada una de las estrategias de desarrollo que los norteamericanos pusieron sucesivamente de moda.

Para ellos, como para muchos otros, Truman simplemente había empleado una nueva palabra para designar algo que ya estaba ahí: el atraso o la pobreza. De acuerdo con ellos, los países ‘atrasados’ o ‘pobres’ estaban en esa condición por los saqueos previos del proceso de colonización y la violación continua a que los sujetaba la explotación capitalista a escala nacional e

internacional: el subdesarrollo era la creación del desarrollo. Al adoptar de modo acrítico el punto de vista al que creían oponerse, su eficiente crítica de la ambigüedad e hipocresía de los promotores occidentales del desarrollo dió carácter virulento a la fuerza colonizadora de la metáfora. (¿Cómo ignorar, dijo alguna vez Marx, ‘el hecho indudable de que India está atada al yugo inglés por un ejército hindú sustentado por la India?’).

La discusión misma del origen o las causas actuales del subdesarrollo ilustra la medida en que se admite como algo real, concreto, cuantificable e identificable: un fenómeno cuyo origen y modalidades pueden ser objeto de investigación. La palabra define una percepción. Y ésta se convierte, a su vez, en un objeto, un hecho. Nadie parece poner en duda que el concepto aluda a fenómenos reales. Nadie se da cuenta que es un adjetivo comparativo cuya base de sustentación es el supuesto, muy occidental pero inaceptable e indemostrable, de la unidad, homogeneidad y evolución lineal del mundo. Despliega una falsificación de la realidad, producida mediante el desmembramiento de la totalidad de procesos interconectados que constituyen la realidad del mundo, y la sustituyen con uno de sus fragmentos, aislado del resto, como punto general de referencia.⁶

Inflación conceptual

El desarrollo, que sufrió la más dramática y grotesca metamorfosis de su historia en manos de Truman, se empobreció aún más en las manos de sus primeros promotores, que lo redujeron a *crecimiento económico*. Para ellos, el desarrollo consistía simplemente en el crecimiento del ingreso por persona en las áreas económicamente subdesarrolladas. Esta fue la meta propuesta por Lewis en 1944 e insinuada por la Carta de Naciones Unidas en 1947.

El dictum de Lewis, en 1945, ‘Debe observarse ante todo que nuestro tema es el crecimiento, y no la distribución’,⁷ refleja el acento convencional en el crecimiento económico que permeó todo el campo del pensamiento sobre desarrollo. Paul Baran, de lejos el más influyente economista del desarrollo entre los izquierdistas, escribió en 1957 sobre la economía política del *crecimiento* y definió crecimiento o desarrollo como el incremento en la producción per cápita de bienes materiales.⁸ Walter Rostow, que tuvo un impacto impresionante en el pensamiento institucional y en el público, presentó su ‘manifiesto no comunista’ en 1960, como una descripción de las etapas del crecimiento económico, bajo el supuesto de que esta sola variable puede caracterizar a toda la sociedad.⁹ Desde luego, ambos abordaban mucho más que un crecimiento económico miope, pero su acento reflejó el espíritu de los tiempos...y el meollo de la cuestión.¹⁰

Tal orientación no constituía una subestimación de las consecuencias sociales del crecimiento económico rápido ni el desprecio por las realidades sociales. El primer *Informe sobre la Situación Social Mundial*, publicado en 1952, despertó inusitado interés tanto dentro como fuera de las instituciones de Naciones Unidas. El Informe se concentró en la descripción de las ‘condiciones sociales existentes’ y sólo de modo incidental abordó los programas para mejorarlas. Pero quienes proponían esos programas hallaron en él inspiración y apoyo para su preocupación por medidas inmediatas de alivio a la pobreza. Como muchos otros, estaban tratando de desarrollar en los países ‘subdesarrollados’ los servicios sociales básicos y las ‘profesiones de atención’ que encontraban en los países avanzados. Estas preocupaciones pragmáticas, así como las tempranas intuiciones teóricas que iban más allá de la visión dogmática de quienes sólo se ocupan de indicadores económicos, estaban, sin embargo, eclipsadas por la obsesión general con la industrialización generalizada y el crecimiento del PNB que dominaba en la década de 1950. Prevalecía el optimismo; de acuerdo con indicadores estadísticos e informes oficiales, tanto la situación social como los programas sociales de estos países estaban mejorando continuamente. Tal progreso, de acuerdo con la sabiduría convencional, no era sino la consecuencia natural del crecimiento rápido del PNB.

La controversia endémica entre los dedicados a la medición de variables económicas y los especialistas en servicios sociales no se eliminó con tal evolución. Los *Informes* sobre la situación social, periódicamente elaborados por Naciones Unidas, lo documentaron tangencialmente. La expresión ‘desarrollo social’, lentamente introducida en los *Informes*, apareció sin definición, como una vaga contraparte del ‘desarrollo económico’, y como un sustituto de la noción estática de ‘situación social.’ Se percibió lo ‘social’ y lo ‘económico’ como realidades distintas. La idea de cierto ‘equilibrio’ entre estos ‘aspectos’ se convirtió primero en un desideratum y más tarde en el objeto de un examen sistemático. El Consejo Económico y Social de Naciones Unidas (Ecosoc) recomendó en 1962 la integración de ambos aspectos en el desarrollo. Ese mismo año, las *Propuestas de Acción* de la Primera Década del Desarrollo de Naciones Unidas (1960-1970) establecieron que:

El problema de los países subdesarrollados no es mero crecimiento, sino desarrollo... El desarrollo es crecimiento más cambio [añadieron]. El cambio, a su vez, es social y cultural tanto como económico, y cualitativo tanto como cuantitativo... El concepto clave debe ser mejorar la calidad de vida de la gente.¹¹

La creación del Instituto de Investigaciones de Naciones Unidas para el Desarrollo Social (Unrisd), en 1963, fue por sí misma una ilustración de las preocupaciones del periodo. Otra resolución del Ecosoc, en 1966, reconoció la interdependencia de los factores económicos y sociales y la necesidad de armonizar la planeación económica con la social.

A pesar de este cambio gradual, a lo largo de la Primera Década del Desarrollo de Naciones Unidas el desarrollo siguió siendo percibido como un camino definible de crecimiento económico, que pasaba por varias etapas, y la ‘integración’ fue la palabra clave que vinculaba el aspecto social con el económico. En la década de 1960, como el Unrisd reconoció más tarde, el desarrollo social ‘fue visto en parte como una precondition del crecimiento económico y en parte como la justificación moral de éste y de los sacrificios que implicaba.’¹²

A finales de la década, sin embargo, muchos factores contribuyeron a enfriar el optimismo sobre el crecimiento económico: se hicieron más perceptibles que al principio de la década las deficiencias de las políticas y los procesos en curso; se ampliaron los atributos que debían ser integrados; y se hizo claro que el crecimiento rápido estaba siempre acompañado de crecientes desigualdades. Para entonces, los economistas se sentían más inclinados a reconocer los aspectos sociales como ‘obstáculos sociales.’ Evidencias uniformes permeaban a los órganos oficiales:

*El hecho de que el desarrollo deje atrás, o incluso cree de alguna manera, grandes zonas de pobreza, estancamiento, marginalidad y exclusión real del progreso económico y social es demasiado obvio y urgente para dejarse de lado.*¹³

Conceptualmente, existía una rebelión generalizada contra la camisa de fuerza de las definiciones económicas del desarrollo, que constreñían sus metas a indicadores cuantitativos más o menos irrelevantes. El presidente del Banco Mundial, Robert S. McNamara, planteó muy claramente el asunto en 1970. Tras reconocer que una alta tasa de crecimiento no había traído consigo un progreso satisfactorio en el desarrollo durante la Primera Década, insistió en que la de 1970 debía contener algo más que medidas burdas de crecimiento económico.¹⁴ Sin embargo, el ‘destronamiento del PNB’, como se llamó entonces a esta cruzada, no llegó muy lejos: no fue posible lograr consenso internacional o académico sobre cualquier otra definición.

Mientras la Primera Década consideraba separadamente los aspectos sociales y económicos del desarrollo, la Segunda comprendió la mezcla de los dos. Se formuló un nuevo paradigma, el de la integración, tras reconocer la

necesaria integración de los recursos físicos, los procesos técnicos, los aspectos económicos y el cambio social. La Estrategia para el Desarrollo Internacional, proclamada el 24 de octubre de 1970, demandó una estrategia *global*, basada en la acción conjunta y concentrada en todas las esferas de la vida económica y social. El punto de flexión, sin embargo, no estuvo en la Estrategia sino en una resolución casi simultánea de Naciones Unidas, que estableció un proyecto para la identificación de un *enfoque unificado* del desarrollo y la planeación, ‘que debe integrar plenamente los componentes económicos y sociales en la formulación de políticas y programas’ El enfoque debería incluir los componentes diseñados:

- (a) *No dejar a sector alguno de la población fuera del alcance del cambio y el desarrollo;*
- (b) *Efectuar un cambio estructural que favorezca el desarrollo nacional y active a todos los sectores de la población para participar en el proceso de desarrollo;*
- (c) *Proponerse la equidad social, incluyendo el logro de una distribución equitativa del ingreso y la riqueza en la nación;*
- (d) *Dar alta prioridad al desarrollo de las potencialidades humanas...a proporcionar oportunidades de empleo y a satisfacer las necesidades de los niños.*¹⁵

Comenzó así una búsqueda de un enfoque unificado para el análisis y la planeación del desarrollo, que examinó simultáneamente la integración intrasectorial y espacial, regional, y el ‘desarrollo participativo.’ Fue un proyecto frustrante y de corta vida, como empresa de Naciones Unidas. Su crítica de las ideas y métodos de desarrollo económico dominantes encontró gran resistencia. Y su incapacidad de ofrecer remedios universales simples lo condenó a una rápida extinción. El proyecto, empero, incubó la mayor parte de las ideas y lemas que animaron el debate sobre el desarrollo durante los siguientes años.

La Segunda Década, que se inició con esta preocupación por encontrar un enfoque unificado, evolucionó de hecho en la dirección opuesta: la dispersión. Se trajeron en rápida sucesión, al centro de las preocupaciones, ‘problemas básicos’, como el ambiente, la población, el hambre, la mujer, el habitat o el empleo. Cada ‘problema’ siguió por un tiempo su carrera independiente, concentrando la atención pública e institucional. Más tarde, se demostró la compleja relación de cada ‘problema’ con todos los demás, y comenzó el ejercicio pertinente de unificación, colocando a uno de los ‘problemas’ en el centro del proceso. Los candidatos clave para la unificación

fueron objeto de constante disputa, derivada de las viejas controversias sobre prioridades y de los pleitos cotidianos entre los cuerpos burocráticos por su supervivencia y la asignación de recursos.

La búsqueda del principio unificador se desplazó a otro terreno. En 1974 la Declaración de Cocoyoc puso el acento en que el propósito del desarrollo ‘no debe ser desarrollar las cosas, sino al hombre.’ ‘Cualquier proceso de crecimiento,’ añadió, ‘que no conduzca a la satisfacción (de las necesidades básicas)- o que, aún peor, la perturbe - es una parodia de la idea de desarrollo.’ La Declaración también subrayó la necesidad de la diversidad y de ‘seguir muy diferentes caminos al desarrollo,’ así como la meta de la autosuficiencia y el requerimiento de ‘cambios económicos, sociales y políticos fundamentales.’¹⁶ Algunas de estas ideas se ampliaron después en las propuestas de la Fundación Dag Hammarskjold, la cual planteó, en 1975, *otro desarrollo*.¹⁷ Siguiendo las ideas de Johan Galtung, para quien el desarrollo debe ser ‘desarrollo de un pueblo,’ los expertos juzgaron que el hombre debe tener mayor influencia en el proceso de desarrollo y que éste debe ser, como insistía Unesco, *desarrollo integrado*: ‘un proceso total y multi-relacional, que incluye todos los aspectos de la vida de una colectividad, de sus relaciones con el mundo exterior y de su propia conciencia.’¹⁸

En 1975, la Séptima Sesión Especial de la Asamblea General de Naciones Unidas demandó un enfoque más efectivo que el de la Estrategia para el Desarrollo Internacional (adoptada en 1970), a fin de alcanzar los objetivos sociales del desarrollo. La Conferencia sobre Empleo, Distribución del Ingreso y Progreso Social, organizada por la OIT en junio de 1976, ofreció una respuesta: el *Enfoque de Necesidades Básicas*, ‘dirigido al logro de ciertos niveles mínimos de vida específicos antes del fin del siglo.’¹⁹

Uno de los documentos de apoyo del Enfoque reconoció explícitamente que el desarrollo no eliminaría el hambre y la miseria, y que, por el contrario, seguramente agravaría los niveles de ‘pobreza absoluta’ de una quinta parte, y probablemente de dos quintas partes, de la población. El Enfoque propuso la idea de ocuparse directamente de satisfacer esas necesidades, en vez de esperar su satisfacción como resultado del proceso de desarrollo. Por dos o tres años la propuesta se puso de moda. El Banco Mundial la encontró particularmente atractiva, puesto que parecía la secuela natural de sus experimentos con ‘grupos meta,’ que comenzaron en 1973 cuando su estrategia de desarrollo se concentró en los pobres rurales y los pequeños productores. Tenía la virtud de ofrecer ‘aplicabilidad universal,’ pero al mismo tiempo ser suficientemente relativa como para aplicarse en los términos ‘específicos de cada país.’ En 1976, la satisfacción de las necesidades básicas

de la población de cada país definió la parte central y primera del Programa de Acción de la Conferencia Mundial Tripartita sobre Empleo, Distribución del Ingreso y Progreso Social de la OIT.

Los expertos de Unesco, por su parte, promovieron el concepto de *desarrollo endógeno*. Por algún tiempo, esta concepción ganó aceptación sobre las demás. Parecía claramente herética, en abierta contradicción con la sabiduría convencional. A partir de una crítica rigurosa de la hipótesis del desarrollo ‘en etapas’ (Rostow), la tesis del desarrollo endógeno rechazó la necesidad o la posibilidad -por no hablar de la conveniencia- de imitar mecánicamente a las sociedades industriales. Propuso, en vez de ello, tomar debidamente en cuenta las particularidades de cada nación. Sin embargo, apenas se tomó en cuenta el hecho de que esta sensata consideración lleva a un callejón sin salida en la teoría y la práctica mismas del desarrollo; contiene una contradicción en los términos. Si el impulso es verdaderamente endógeno, es decir, si las iniciativas realmente provienen de las diversas culturas y de sus diferentes sistemas de valores, nada permite creer que de ellas surgirá necesariamente el desarrollo -independiente-mente de cómo se le defina- o incluso un impulso que lleve en esa dirección. Si se le aplica adecuadamente, la concepción lleva a la disolución de la noción misma de desarrollo, tras darse cuenta de la imposibilidad de imponer un solo modelo cultural en todo el mundo -como una conferencia de expertos de Unesco reconoció apropiadamente en 1978.

La siguiente década, la de 1980, fue llamada la ‘década perdida para el desarrollo.’ A pesar de los fuegos de artificio de los cuatro tigres asiáticos, prevaleció el pesimismo. El ‘proceso de ajuste’ significó para muchos países abandonar o dismantelar, en nombre del desarrollo, la mayor parte de sus logros previos. En 1985, la era del posdesarrollo parecía estar en la perspectiva.²⁰

La de 1990, en contraste, dió lugar a un nuevo ethos desarrollista, que ha seguido dos direcciones claramente distintas. En el Norte, exige el *redesarrollo*, es decir, desarrollar de nuevo lo que se había desarrollado mal o resultaba ya obsoleto. En Estados Unidos y lo que fue la Unión Soviética, en España o Suiza, en Austria, Polonia o Inglaterra, la atención pública se concentra en la velocidad y condiciones bajo las cuales se podrá destruir, dismantelar, exportar o sustituir lo que estaba previamente desarrollado (medicina socializada, plantas nucleares, producción de acero, industria manufacturera anterior al *microchip*, fábricas contaminantes o plaguicidas venenosos).

En el Sur, el redesarrollo exige también dismantelar lo que había quedado del 'proceso de ajuste' de la década de 1980, a fin de hacer espacio para los desperdicios del Norte (desechos radioactivos, plantas manufactureras obsoletas o contaminantes, mercancías invendibles o prohibidas...) y para las maquila-doras, esas seudofábricas fragmentarias y temporales que el Norte mantendrá en operación durante el periodo de transición. La obsesión con la competitividad, por temor a ser dejado fuera de la carrera, compele a aceptar la destrucción de secciones completas de lo que fue 'desarrollado' en los últimos 30 años. Sacrificado en el altar del redesarrollo, se le insertará en diseños transnacionales congruentes con la demanda del mercado mundial.

En el Sur, sin embargo, el acento del redesarrollo no estará en tales empresas, que existen en la forma de enclaves tecnológicos y socio-políticos. El redesarrollo implica más bien, en el Sur, la colonización económica del llamado sector informal. En nombre de la modernización y bajo la bandera de la guerra a la pobreza -lanzada como siempre contra los pobres, no contra la pobreza misma- redesarrollar el Sur significa lanzar el último y definitivo asalto contra la resistencia organizada al desarrollo y la economía.

Conceptual y políticamente, el redesarrollo está ahora tomando la forma de *desarrollo sostenible*, por 'nuestro futuro común', tal como prescribió la Comisión Brundtland. O bien, lo promueven activamente, como redesarrollo verde y democrático, quienes asumen que la lucha contra el comunismo, el tema básico del discurso de Truman, ha quedado atrás. En esta interpretación convencional, empero, se ha concebido el desarrollo sostenible como una estrategia para sostener el 'desarrollo,' no para apoyar el florecimiento y la perduración de una vida social y natural infinitamente diversa.

La década actual también ha visto el nacimiento de un ejercicio burocrático para dar al desarrollo otra oportunidad de vida. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publicó en 1990 el primer *Informe sobre el Desarrollo Humano*.²¹ El informe sigue claramente los pasos de quienes intentan cuantificar lo económico, aunque presta apropiada consideración a los esfuerzos del Unrisd por medir y analizar el desarrollo socio-económico y la tradición de los *Informes* sobre la situación social en el mundo.

De acuerdo con este Informe, el 'desarrollo humano' se presenta como un proceso y un nivel de logro. Como proceso, es 'la ampliación de las elecciones humanas relevantes.' Como nivel de logro, es 'la medida de comparación internacional en que se han logrado esas elecciones, en sociedades dadas.' Los autores del Informe encuentran formas muy expeditas

de superar los desafíos tradicionales de la cuantificación y la comparación internacional, así como los acertijos conceptuales de su tarea. Presentan el desarrollo humano por medio de un ‘nivel internacionalmente comparativo de privación,’ que muestra cuán lejos del caso nacional más exitoso se encuentran los demás países. La meta más ambiciosa del Informe es generar un Índice de Desarrollo Humano, ‘que sinteticamente, en una escala numérica, el nivel global de desarrollo humano en 130 países.’ Su método: combinar la privación de esperanza de vida, de alfabetismo de adultos y del PNB real per cápita. El Informe también incluye el análisis de las condiciones sociales existentes en esos países para el periodo 1960-1988, tras reunir datos sobre una amplia colección de variables y una serie de proyecciones, que presentan ‘metas sociales viables’ a alcanzarse para el año 2 000.

¡No deja de ser valeroso adoptar como unidad de medida el PNB per cápita en términos reales en dólares! Los autores del Informe piensan que la esperanza de una larga vida, junto con el alfabetismo total, no son suficientes para dar a un ser humano margen suficiente para elegir, si al mismo tiempo está privado de acceso a los recursos para la satisfacción de sus necesidades materiales. Pero medir estas últimas está plagado de dificultades; el Informe las reconoce y opta por una solución simple - un refinamiento técnico de la vieja y apropiada unidad de medida, el PNB.

La expansión del reino de la escasez

Durante el siglo XIX, pero en realidad mucho antes en Europa, la construcción social del desarrollo se asoció con un diseño político: extraer de la sociedad y la cultura una esfera autónoma, la económica, e instalarla en el centro de la política y la ética. Esa transformación brutal y violenta, que concluyó primero en Europa, estuvo siempre asociada con la dominación colonial en el resto del mundo. Economización y colonización eran sinónimos. Lo que Truman logró fue liberar la esfera económica de las connotaciones negativas acumuladas en dos siglos, desligando el desarrollo del colonialismo. No más del ‘viejo imperialismo,’ dijo Truman. En retrospectiva, es posible ver que el acento en el crecimiento económico de los primeros desarrollistas posttrumanianos no era una desviación ni una interpretación equivocada de la propuesta de Truman: más bien, era la expresión de su esencia misma.

Como construcción conceptual, la economía trata de subordinar a su dominio y subsumir en su lógica cualquier otra forma de interacción social en cualquier sociedad que invade. Como designio político, adoptado por algunos como propio, la historia económica es una historia de conquista y dominación. Lejos de ser la evolución idílica descrita por los padres fundadores de la teoría

económica, la emergencia de la sociedad económica es una historia de violencia y destrucción que a menudo adopta carácter genocida. No es de extrañar que la resistencia haya aparecido en todas partes.

Establecer el valor económico exige desvalorizar todas las demás formas de existencia social.²² El desvalor produce una metamorfosis grotesca de las destrezas en carencias, de los ámbitos de comunidad en recursos, de los hombres y mujeres en mano de obra comercializable, de la tradición en carga, de la sabiduría en ignorancia, de la autonomía en dependencia. Metamorfosea grotescamente las actividades autónomas de la gente que encarnan deseos, destrezas, esperanzas e interacciones entre sí y con el ambiente, en necesidades cuya satisfacción requiere la intermediación del mercado.

El individuo desvalido, cuya supervivencia se vuelve ahora necesariamente dependiente del mercado, no fue invención de los economistas; tampoco nació con Adán y Eva, como ellos sostienen. Fue una creación histórica. Fue creado por el proyecto económico que reformuló la humanidad. La metamorfosis grotesca de hombres y mujeres autónomos en desvalorizados ‘hombres económicos’ fue de hecho una precondition para la emergencia de la sociedad económica, una condición que debe renovarse, reconfirmarse y profundizarse continuamente para que el dominio económico pueda proseguir. El desvalor es el secreto del valor económico, y no puede crearse sino con violencia y frente a continua resistencia.

La teoría económica no reconoce límites a su aplicación. Este argumento se presenta bajo el supuesto de que ninguna sociedad se encuentra libre del ‘problema económico,’ como los economistas denominan a su definición de la realidad social. Al mismo tiempo, reconocen con orgullo que su disciplina, como ciencia, fue una invención. Les encanta rastrear sus raíces hasta la antigüedad, y emplean a Aristóteles y a sus preocupaciones sobre el valor como ejemplo pertinente. Pero consideran estas antiguas intuiciones como meras huellas iniciales, heraldos del advenimiento de los santos patrones de la ciencia, que descubrieron la economía en el siglo XVIII.

Desde luego, los economistas no inventaron los nuevos patrones de comportamiento que emergieron con la sociedad económica a través de la creación del mercado moderno. Pero los padres fundadores de la disciplina fueron capaces de codificar sus observaciones en una forma que se acomodaba bien a las ambiciones de los intereses emergentes: ofrecieron fundamento ‘científico’ al diseño político de una nueva clase dominante. Cuando esa forma fue recibida como ‘verdad’ por el público y absorbida en el lenguaje común, fue capaz de transformar las percepciones populares desde adentro y cambiar el significado de palabras y supuestos previos.

Los padres fundadores de la teoría económica vieron en la *escasez* la piedra angular de su construcción teórica. El hallazgo marcó la disciplina para siempre. Toda la construcción de la teoría económica se sustenta en la premisa de la escasez, postulada como una condición universal de la vida social. Los economistas fueron capaces de transformar este hallazgo en un prejuicio popular, una verdad evidente por sí misma para todos. El ‘sentido común’ está en la actualidad tan inmerso en la forma económica de pensar que ningún hecho de la vida cotidiana que la contradiga parece suficiente para provocar una reflexión crítica sobre su carácter.

La escasez connota falta, rareza, restricción, deseo, insuficiencia, incluso frugalidad. Puesto que todas estas connotaciones aluden a condiciones que aparecen en todas partes y en todos los tiempos se encuentran ahora mezcladas con las denotaciones económicas de la palabra, como *terminus technicus*, con lo que el prejuicio popular sobre la universalidad de la teoría económica, con su premisa de la escasez, se ve constantemente reforzado.

Poca atención se presta al hecho de que la ‘ley de la escasez’ formulada por los economistas, que ahora aparece en cualquier libro de texto, no alude directamente a las situaciones comunes denotadas por la palabra. La súbita falta de aire fresco durante un incendio no es escasez de aire en el sentido económico. No lo es la frugalidad que se autoimpone un monje, la insuficiencia de *punch* en un boxeador, la rareza de una flor, o las últimas reservas de trigo mencionadas por un faraón que se consideran la primera referencia histórica conocida al hambre.

La ‘ley de la escasez’ fue construida por los economistas para denotar el supuesto técnico de que los deseos del hombre son grandes, por no decir infinitos, mientras que sus medios son limitados aunque mejorables. El supuesto implica elecciones sobre la asignación de medios (recursos). Este ‘hecho’ define el ‘problema económico’ *par excellence*, cuya ‘solución’ proponen los economistas por medio del mercado o del plan. La percepción popular, especialmente en la porción norte del mundo, comparte incluso este significado técnico de la palabra escasez, asumiéndolo como una verdad evidente en sí misma. Pero es precisamente la universalidad de este supuesto lo que ya no puede sostenerse.

Pocos años antes del discurso de Truman, al finalizar la guerra, Karl Polanyi publicó *The Great Transformation* (La Gran Transformación).²³ Convencido de que el determinismo económico era un fenómeno del siglo XIX, que el sistema de mercado distorsionó violentamente nuestras concepciones del hombre y la sociedad, y que estas concepciones

distorsionadas resultaban ser los principales obstáculos para la solución de los problemas de nuestra civilización,²⁴ Polanyi documentó cuidadosamente la historia económica de Europa como la historia de la creación de la economía como una esfera autónoma, desligada del resto de la sociedad. Mostró que el mercado nacional no apareció como la emancipación gradual y espontánea de la esfera económica del control gubernamental, sino precisamente lo contrario: el mercado fue el resultado de una intervención consciente y a menudo violenta del gobierno. En los años siguientes, Polanyi sentó los fundamentos de la historia económica comparada.

Después de él, muchos otros siguieron su camino, trazando de nuevo la historia económica como un capítulo más de la historia de las ideas. Louis Dumont, entre otros, ha mostrado que el descubrimiento de la economía por medio de la invención de la teoría económica fue, de hecho, un proceso de construcción social de ideas y conceptos.²⁵ Las ‘leyes’ económicas de los economistas clásicos no eran sino invenciones deductivas que transformaron los patrones recién observados de comportamiento social, adoptados con la emergencia de la sociedad económica, en axiomas universales diseñados para llevar a cabo un nuevo proyecto político. El supuesto de la previa existencia de ‘leyes’ o ‘hechos’ económicos, construido por los economistas, es insostenible si se le confronta con lo que sabemos de sociedades y culturas antiguas, y con lo que aún ahora es posible observar en algunas partes del mundo.

Marshall Sahlins y Pierre Clastres, entre otros, han dado cuenta detallada y bien documentada de culturas en que supuestos no económicos gobiernan la vida de la gente y que rechazan el supuesto de la escasez siempre que aparece entre ellas.²⁶ Hombres y mujeres a quienes se ubica actualmente en los márgenes de la economía mundial, los llamados marginales, encuentran apoyo en esa tradición cuando siguen desafiando los supuestos económicos en la teoría y en la práctica. En todo el mundo, descripciones de un conjunto enteramente nuevo de experiencias de esos pueblos están tratando de encontrar su lugar en los estantes de las bibliotecas, pero no encajan bien en las clasificaciones sociales distorsionadas por los anteojos de los economistas.

Nuevos ámbitos de comunidad

Luchar para limitar la esfera económica no es, para el hombre común en los márgenes o para la mayoría de la gente en la tierra, una reacción mecánica a la invasión económica de sus vidas. No son ludditas. Más bien, ven su resistencia como una forma de reconstituir creativamente sus formas básicas de interacción social, a fin de liberarse de las cadenas económicas. Han creado así, en sus vecindades, pueblos y barrios, nuevos ámbitos de comunidad que les permiten vivir en sus propios términos.

En estos nuevos ámbitos de comunidad, existen formas de interacción social que surgieron en la era de la posguerra. Estos grupos son los herederos de una diversificada colección de ámbitos de comunidad, de comunidades e incluso de culturas completas, que fueron destruidos por la forma económica, industrial, de interacción social. Tras la extinción de sus regímenes de subsistencia, trataron de adoptar diversas formas de acomodamiento a la forma industrial. El hecho de no haberlo logrado, ni a través de la sociedad industrial ni a partir de los remanentes de las formas tradicionales de interacción, fue la precondition de las invenciones sociales cuya consolidación y florecimiento fueron adicionalmente estimulados por la llamada crisis del desarrollo.

Para la gente en los márgenes, desligarse de la lógica económica del mercado o del plan se ha convertido en la condición misma de su supervivencia. Se ven forzados a confinar su interacción económica -para algunos muy frecuente e intensa- a los campos que están fuera de los espacios en que organizan sus propios modos de vida. Esos espacios fueron su refugio durante la era del desarrollo. Tras experimentar lo que significa la supervivencia en la sociedad económica, recuentan ahora las bendiciones que encontraron en tales refugios, aunque trabajan activamente para regenerarlos.

Al igualar la educación con la obtención de diplomas, de acuerdo con la definición económica del aprendizaje, carecían de maestros y escuelas. Ahora, al reinsertar el aprendizaje en la cultura, disfrutan la opulencia de enriquecer constantemente su conocimiento, con alguna ayuda de amigos que aportan experiencias y remedios de otras tradiciones.

Tras igualar la salud con la dependencia de servicios médicos, carecían de doctores, centros de salud, hospitales, medicamentos. Ahora, después de reconocer otra vez que sanar no es sino la capacidad autónoma de lidiar con el ambiente, están regenerando su propia capacidad curativa, disfrutando los beneficios de la sabiduría tradicional de sus curanderos y de la rica capacidad terapéutica de sus entornos. Para esto reciben también alguna ayuda de sus amigos, cuando se necesitan medios externos para atender algo que está fuera de su alcance o de su entorno tradicional.

Después de igualar la comida con las actividades técnicas de producción y consumo, vinculadas a la intermediación del mercado o del estado, carecían de ingresos suficientes y sufrían escasez de alimentos. Ahora, están regenerando y enriqueciendo sus relaciones entre sí y con el medio, nutriendo de nuevo sus vidas y sus tierras. Por lo general logran lidiar bien con los faltantes que aún los afectan, a veces muy severamente - como consecuencia

del tiempo y esfuerzo que se requieren para remediar los daños causados por el desarrollo o por su incapacidad temporal de escapar de las dañinas interacciones económicas que aún necesitan mantener. No es fácil, por ejemplo, salirse de las cosechas comerciales o liberarse de la adicción al crédito o los insumos industriales; pero el cultivo intercalado, al que muchos han comenzado a regresar, regenera la tierra y la cultura, y con el tiempo permite mejorar la nutrición.

Grupos campesinos y marginales de las ciudades comparten ahora con quienes se han visto obligados a abandonar el centro económico los mil trucos que aprendieron para limitar la economía, burlarse del credo económico, o reformular y refuncionalizar la tecnología moderna. La 'crisis' de la década de 1980 expulsó de la nómina a quienes ya habían sido educados en la dependencia de ingresos y del mercado, gente que carecía de una red social que les permitiera sobrevivir por sí mismos. El proceso plantea grandes desafíos y tensiones a todos, pero también ofrece una oportunidad creativa de regeneración, una vez que descubren la medida en que pueden apoyarse mutuamente.

La lógica básica de la interacción social dentro de los nuevos ámbitos de comunidad previene que la escasez aparezca en ellos. La gente no adopta fines ilimitados, puesto que sus fines no son sino el otro lado de sus medios, su expresión directa. Si sus medios son limitados, como son, sus fines no pueden ser ilimitados. Dentro de los nuevos ámbitos de comunidad, las necesidades se definen con verbos que describen actividades que encarnan deseos, destrezas e interacciones con otros y con el medio. Las necesidades no están separadas en diversas 'esferas' de la realidad: carencias y expectativas de un lado, y satisfactores del otro, que se reúnen a través del mercado o del plan.

Una de las más interesantes facetas de la regeneración en curso en los nuevos ámbitos de comunidad que están creando hombres y mujeres ordinarios es precisamente la recuperación de su propia definición de necesidades, desmantelada por el desarrollo en la percepción y en la práctica. Al fortalecer formas de interacción insertas en el tejido social y al romper el principio económico del intercambio de equivalentes, están recuperando sus formas autónomas de vivir. Al reinstalar o regenerar formas de comercio que operan fuera de las reglas del mercado o del plan, están enriqueciendo sus vidas cotidianas y limitando el impacto y el alcance de las operaciones comerciales que aún necesitan mantener, al tiempo que reducen la transformación de su tiempo y de los frutos de su esfuerzo en mercancías.

El actor principal de la economía, el hombre económico, no encuentra respuestas factibles para lidiar con la 'crisis' del desarrollo, y frecuentemente reacciona con desolación, agotamiento, incluso desesperación. Constantemente cae en el juego político de demandas y promesas, o en el juego económico de intercambiar el presente por el futuro, las esperanzas por expectativas. En contraste, el actor principal de los nuevos ámbitos de comunidad, el hombre común o comunitario, disuelve o previene la escasez, en sus esfuerzos imaginativos para lidiar con sus predicamentos. Sólo necesita libertad en sus espacios y limitado apoyo a sus iniciativas. Puede mezclarlas y combinarlas en coaliciones políticas, cada vez más capaces de reorientar las políticas y cambiar los estilos políticos. Apoyada en recientes experiencias, la nueva conciencia que surge de los márgenes puede despertar a otros, ampliando esas coaliciones hasta el punto crítico en que comienza a ser factible una inversión del dominio económico.

La economía de los economistas no es sino un juego de reglas con el que se gobiernan las sociedades modernas. Los hombres y las sociedades no son económicos, aún después de haber creado instituciones y formas de interacción de naturaleza económica, aún después de haber instituido la economía. Y esas reglas económicas se derivan de la escasez crónica de la sociedad moderna. Lejos de ser la ley de hierro de cualquier sociedad humana, la escasez es un accidente histórico: tuvo un principio y puede tener un fin. Ha llegado el tiempo de su fin. Este es el tiempo de los márgenes, del hombre común o comunitario.

A pesar de la economía, el hombre común, en los márgenes, ha sido capaz de mantener viva otra lógica, otro juego de reglas. En contraste con la economía, esta lógica se halla inserta en el tejido social. Ha llegado el tiempo de confinar la economía a su lugar adecuado: en el margen. Como los marginales han hecho.

El Llamado

Este ensayo es una invitación a celebrar y un llamado a la acción política.

Celebra la aparición de nuevos ámbitos de comunidad, abiertos creativamente por hombres y mujeres ordinarios ante el fracaso de las estrategias de los desarrollistas para transformar a hombres y mujeres tradicionales en hombres económicos. Estos nuevos ámbitos de comunidad son prueba viviente de la habilidad e ingenio de la gente común, para

reaccionar con imaginación sociológica y seguir su propio camino, dentro de ambientes hostiles.

Este ensayo es también un llamado. Plantea, ante todo, establecer controles políticos para proteger estos nuevos ámbitos de comunidad y ofrecer a los hombres comunes un contexto social más favorable para sus actividades e innovaciones. Tales controles políticos sólo podrán implementarse cuando se logre que la conciencia pública de los límites del desarrollo se encuentre firmemente enraizada en la sociedad. Aún aquellos todavía convencidos de que las metas del desarrollo son ideales pertinentes para los llamados subdesarrollados, deben reconocer honestamente las actuales imposibilidades estructurales para la materialización universal de tales metas: la mayor parte de la gente carecerá de automóvil familiar, no podrá registrarse en un Sheraton ni comerá en McDonald's; tampoco logrará diez años de escolaridad y acceso a servicios médicos de buena calidad. El cinismo de quienes, conociendo tales límites, siguen proclamando el mito, debe ser expuesto públicamente.

Este ensayo demanda testimonios públicos y solicita el debate público sobre las formas poseconómicas que están apareciendo en todas partes, a fin de limitar el daño económico y crear espacio para las nuevas formas de vida. Desafía la imaginación social para concebir controles políticos que permitan el florecimiento de las iniciativas poseconómicas.

Este ensayo también demanda investigaciones y discusión pública sobre los asuntos que dan contenido a coaliciones de ciudadanos para la implementación de controles políticos en la esfera económica, al reinsertar las actividades económicas en el tejido social. Demanda una nueva evaluación pública digna de los puntos de vista que están emergiendo en forma de rumores entre los hombres y mujeres ordinarios, que definen límites a la economía al tratar de renovar la política en la base social.

Los nuevos ámbitos de comunidad, creados por hombres ordinarios, son heraldos de una era que de fin al privilegio y la licencia. Este ensayo celebra la aventura de esos hombres.

El desarrollo se ha evaporado. La metáfora abrió un campo de conocimiento y por un tiempo dio a los científicos algo en qué creer. Después de algunas décadas, está claro que este campo de conocimiento es una tierra minada, inexplorable. Ni en la naturaleza ni en la sociedad existe una evolución que imponga como ley una transformación hacia 'formas cada vez más perfectas.' La realidad está abierta a la sorpresa. El hombre moderno ha fracasado en su pretensión de ser dios.

Enraizarse en el presente requiere una imagen del futuro. No es posible actuar aquí y ahora, en el presente, sin tener una imagen del instante siguiente, del posterior, de un cierto horizonte temporal. Esa imagen del futuro ofrece guía, ánimo, orientación, esperanza. A cambio de imágenes culturalmente establecidas, construidas por hombres y mujeres concretos en sus espacios locales, a cambio de mitos concretos, verdaderamente reales, se ofreció al hombre moderno una expectativa ilusoria, implícita en la connotación de desarrollo y en su red semántica: crecimiento, evolución, maduración, modernización. También se le ofreció una imagen del futuro como mera continuación del pasado: eso es el desarrollo, un mito conservador, si no reaccionario.

Ha llegado el tiempo de recobrar sentido de la realidad. Es tiempo de recuperar serenidad. Muletas como las que ofrece la ciencia son innecesarias cuando se camina sobre los propios pies, en el camino propio, soñando los propios sueños - no los que se toman en préstamo del desarrollo.

Notas

1. Harry S. Truman, Discurso de Investidura, 20 de enero de 1949, en *Documents on American Foreign Relations* (Documentos sobre las Relaciones Exteriores Norteamericanas), Connecticut: Princeton University Press, 1967.

2. Wilfred Benson, "The Economic Advancement of Underdeveloped Areas" (El Progreso Económico de las Areas Subdesarrolladas), in *The Economic Basis of Peace* (La Base Económica de la Paz), Londres: National Peace Council, 1942.

3. Peggy Rosenthal, *Words and Values: Some Leading Words and Where They Lead Us* (Palabras y Valores : Algunas palabras guías y adonde nos conducen), Oxford: Oxford University Press, 1984.

4. W. K. Hancock, citado en H. W. Arendt, 'Economic Development: A Semantic History' (Desarrollo Económico : Una Historia Semántica), in *Economic Development and Cultural Change*, Vol.26, abril de 1981.

5. Wolfgang Sachs, «The Archeology of the Development Idea' (La Arqueología de la Idea del Desarrollo), *Interculture*, Vol.23, No.4, otoño de 1990 [publicado en castellano en *Opciones*, México, No. 2-7, 1992].

6. Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

7. W. Arthur Lewis, *The Theory of Economic Growth* (La Teoría del Crecimiento Económico), Homewood, Ill.: Ricard D. Irwin, 1995.

8. Paul N. Baran, *La Economía Política del Crecimiento*, México: Fondo de Cultura Económica, 1959. (La primera edición en inglés, por Monthly Review Press, es de 1957.)

9. Walter Rostow, *Las Etapas del Crecimiento Económico*, México: Fondo de Cultura Económica, 1961. (La primera edición en inglés, por Cambridge University Press, es de 1960.)

10. Baran supuso que el desarrollo económico siempre implicaba una profunda transformación de las estructuras económicas, sociales y políticas de la sociedad, y de las organizaciones dominantes de producción, distribución y consumo. Pero igualó tanto el crecimiento como el desarrollo con el incremento en la producción *per capita* de bienes materiales. Rostow reconoció que la historia moderna no puede reducirse a clasificaciones limitadas y arbitrarias de etapas de crecimiento económico, pero encontró que tal generalización puede ser la clave de los desafíos actuales.

11. Naciones Unidas, *The UN Development Decade: Proposals for Action* (La Década del Desarrollo de las Naciones Unidas : Propuestas para la Acción), Nueva York: UN, 1962. (Hay edición en español).

12. UNRISD, *Un enfoque de la investigación del desarrollo*, Ginebra: UNRISD, 1979.

13. Naciones Unidas, 'Report of the 1969 Meeting of Experts on Social Policy and Planning' (Informe del Encuentro de Expertos en Política Social y Planificación 1969), en *International Social Development Review*, No. 3, 1971.

14. Robert S. McNamara, 'The True Dimension of the Task' (La Verdadera Dimensión de la Tarea), en *International Development Review*, 1970, Vol.1.

15. UNRISD, *The Quest for a Unified Approach to Development* (La Búsqueda de un Enfoque Unificado del Desarrollo), Ginebra: UNRISD, 1980.

16. La Declaración de Cocoyoc fue adoptada por los participantes en el Simposio sobre Patrón de uso de recursos, ambiente y desarrollo, del Pnud y la Unctad, en Cocoyoc, México, en octubre de 1974.

17. Fundación Dag Hammarskjöld, 'What Now? Another Development' (¿Y Ahora qué ? Otro Desarrollo), número especial de *Development Dialogue*, Uppsala: la Fundación, 1975. (Hay edición en español).

18. Unesco, *Plan à moyen terme (1977-1982)* (Plan a Mediano Plazo (1977-1982)), documento 19 c'4, 1977. (Hay edición en español).

19. OIT, *Employment, Growth and Basic Needs* (Empleo, Crecimiento y Necesidades Básicas), Ginebra: OIT, 1976. (Hay edición en español.)

20. Gilbert Rist, *Towards Post-Development Age* (Hacia la Era del Pos-desarrollo), Ginebra: Fundación Christophe Eckenstein, 1990.

21. PNUD, *Human Development Report* (Informe sobre el Desarrollo Humano), dirigido por Mahbub ul Haq y un grupo de expertos del PNUD, Nueva York; Oxford University Press, 1990. (Hay edición en español).

22. Iván Illich, 'El desvalor y la creación social del desecho', *Tecno-política*, Doc. 87-03.

23. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Nueva York: Rinehart and Co., 1944. (En español, *La gran transformación*, México: Fondo de Cultura Económica, 1990).

24. Karl Polanyi, 'On belief in economic determinism' (Sobre la fe en el determinismo económico), *Sociological Review*, Vol. XXXIX, sección primera, 1947.

25. Louis Dumont, *From Mandeville to Marx: The Genesis and Triumph of Economic Ideology* (De Mandeville a Marx : La génesis y el triunfo de la ideología económica), Chicago: University of Chicago Press, 1977.

26. Marshall Sahlins, *Stone Age Economics* (Economía de la Edad de Piedra), Nueva York: Aldine, 1972, y Pierre Clastres, *La société contre l'état* (La sociedad contra el estado), París: Les Editions de Minuit, 1974.

Bibliografía

Sobre la historia y fundamentos del pensamiento económico, y las teorías y conceptos de desarrollo, los grandes diccionarios son muy útiles: el *Oxford English Dictionary*, desde luego, pero también la *Great Soviet Encyclopedia* y los diccionarios clásicos alemanes y franceses.

Entre las bibliografías, encuentro particularmente útiles: Jorge García-Bouza, *A Basic Needs Analytical Bibliography* (Una Bibliografía Analítica sobre las Necesidades Básicas), París: OECD Development Centre, 1980; Guy Gran, *An Annotated Guide to Global Development* (Una Guía Anotada al Desarrollo Global), Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1987; Elsa Assidon et al., *Economie et Sociologie du Tiers-Monde: Un guide bibliographique et documentaire* (Economía y Sociología del Tercer Mundo : Una guía bibliográfica y documental), París: Editions L'Harmattan, 1981; Charles W. Bergquist, *Alternative Approaches to the Problem of Development: A Selected and Annotated Bibliography* (Enfoques Alternativos al Problema del Desarrollo : Una Bibliografía Seleccionada y Anotada), Durham: Carolina Academic Press, 1979; Guy Caire, 'Bibliographie analytique et critique' (Bibliografía analítica y crítica) en Jacques Austruy, *Le Scandale du Developpement* (El Escándalo del Desarrollo), París: Editions Marcel Riviere, 1965. También la selección de Gerarld Meier (ver abajo).

A.N. Agarwala y S.P. Singh, *Economía del subdesarrollo*, Madrid: Tecnos, 1973, es una colección de artículos y ensayos 'clásicos', que representan la percepción intelectual en la década de 1950. Los de Colin Clark, Paul Baran, Hla Myint, Arthur Lewis, Rosenstein-Rodan y H.W. Singer parecen particularmente interesantes.

La sabiduría convencional puede ser rastreada en I. Alechina, *Contribution du systeme des Nations Unies a l'elaboration de nouvelles conceptions theoriques du developpement* (Contribución del sistema de las Naciones Unidas a la elaboración de nuevas concepciones teóricas del desarrollo), Ulan-Bator: Unesco, 1980; Gerald Meier, *Leading Issues in Economic Development* (Temas Conductores en el

Desarrollo Económico), Oxford: Oxford University Press, 1984, que incluye muy buenas selecciones bibliográficas; Paul Isenman et al., *Poverty and Human Development: A World Bank Publication* (Pobreza y Desarrollo Humano : Una Publicación del Banco Mundial), Nueva York: Oxford University Press, 1980; y *Le développement: ideologies et pratiques* (El desarrollo : ideologías y prácticas), París: Orstom, 1983; así como en el texto no muy convencional, UNRISD, *The Quest for a Unified Approach to Development* (La Búsqueda de un Enfoque Unificado del Desarrollo), Ginebra: UNRISD, 1980.

Los clásicos postrumanianos son aún útiles: Raúl Prebisch, 'El desarrollo económico de la América Latina y sus principales problemas', en *Boletín Económico para América Latina*, Vol.7, 1950; Bert F. Hoselitz, *The Progress of Underdeveloped Areas* (El Progreso de las Areas Subdesarrolladas), Chicago: University of Chicago Press, 1951; W. Arthur Lewis, *Teoría del desarrollo económico* (que en el original es *Theory of Economic Growth*), México: Fondo de Cultura Económica, 1958; Paul Baran, *Economía política del crecimiento*, México: Fondo de Cultura Económica, 1959; Gunnar Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México: Fondo de Cultura Económica, 1959; Albert O. Hirschman, *La estrategia del desarrollo económico*, México: Fondo de Cultura Económica, 1961; Raymond Barre, *Desarrollo económico: análisis y política*, México: Fondo de Cultura Económica, 1962; y W.W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, México: Fondo de Cultura Económica, 1960.

En cuanto al debate sobre los límites del crecimiento, ver Willem L. Otmans, ed. *On Growth; The Crisis of Exploding Population and Resource Depletion* (Sobre el Crecimiento : La Crisis de la Explosión Demográfica y del Agotamiento de los Recursos), Utrecht: A. W. Bruna, 1973; H. V. Hodson, *The Diseconomics of Growth* (La Diseconomía del Crecimiento), Nueva York: Ballantine Books, 1972; Joseph Hodara e Iván Restrepo, *¿Tiene límites el crecimiento?*, México: Editorial El Manual Moderno, 1977; y Fred Hirsch, *Social Limits to Growth* (Límites Sociales al Crecimiento), Cambridge: Harvard University Press, 1980.

Sobre críticas radicales: Iván Illich, *Celebration of Awareness* (Celebración del Darse Cuenta), Londres: Calder & Boyars, 1971, *Toward a History of Needs* (Hacia una Historia de las Necesidades), Nueva York, Pantheon Books, 1977, y *Alternativas*, México: Joaquín Mortiz, 1984; Jacques Attali et al., *Le mythe du développement* (El Mito del Desarrollo), París: Editions du Seuil, 1977; Gilbert Rist et al., *Fault-il refuser le développement?* (¿Hace falta rechazar el desarrollo ?), París: PUF, 1985; T. Verhelst, *No Life Without Roots* (No Hay Vida sin Raíces), Londres: Zed Books, 1989; y Robert Vachon et al., *Alternatives au Développement* (Alternativas al Desarrollo), Montreal: Centre Interculturel Monchanin, 1988. En 'Development: Metaphor, Myth, Threat' (Desarrollo : Metáfora, Mito, Amenaza) en *Development*, 1985:3.1 propuse que el futuro de los estudios sobre el desarrollo debe encontrarse en la arqueología (para explorar las ruinas dejadas por el desarrollo), y en 'Regenerating People's Space' (Regenerando el Espacio del Pueblo) en *Alternatives*, Vol.12, 1987, pp.125-52, destaqué algunas prácticas sociales posteriores al fallecimiento del desarrollo.

Sobre la historia conceptual del desarrollo, además de los diccionarios, ver: H. W. Arendt, *The Rise and Fall of Economic Growth: A Study in Contemporary Thought* (El Ascenso y Caída del Crecimiento Económico : Un Estudio del Pensamiento Contemporáneo), Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1978, y 'Economic Development: A Semantic History' (Desarrollo Económico : Una Historia Semántica), en *Economic Development and Cultural Change*, Vol.26, abril de 1981; Lord Robbins, *The Theory of Economic Development in the History of Economic Thought* (La Teoría del Desarrollo Económico en la Historia del Pensamiento Económico), Londres: Macmillan St. Martin's Press, 1968; G. Canguilhem et al., *Du developpement a l'évolution* (Del desarrollo a la evolución), París: PUF, 1962; Teodor Shanin, *Late Marx and the Russian Road: Marx and 'The Peripheries of Capitalism'* (El Viejo Marx y el Camino Ruso : Marx y 'Las Periferias del Capitalismo'), Nueva York: Monthly Review Press, 1983; Albert Hirschman, 'The Rise and Decline of Development Economics' (El Ascenso y Caída de la Economía del Desarrollo), en *Essays in Trespassing* (Ensayos en Transgresión), Cambridge: 1981; Arturo Escobar, *Power and Visibility: The Invention and Management of Development in the Third World* (Poder y Visibilidad : La Invención y la Administración del Desarrollo en el Tercer Mundo), Berkeley: disertación de doctorado, 1987; Franz Hinkelammert, *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia*, Buenos Aires, Paidós, 1970; Enrique E. Sánchez Ruiz, *Requiem por la modernización: perspectivas cambiantes en estudios del desarrollo*, México: Universidad de Guadalajara, 1986; Magnus Blomstrom y Bjorn Hettne, *Development Theory in Transition* (La Teoría del Desarrollo en Transición), Londres: Zed Books, 1984; y Wolfgang Sachs, 'The Archeology of the Development Idea' (La Arqueología de la Idea de Desarrollo), *Interculture*, Vol.23, No.4, otoño de 1990.